

POLÍTICAS DE LA MEMORIA DURANTE LA POSGUERRA FRÍA (1989-2008):

la controversia checo-germana en torno
a los Decretos Beneš

José Antonio Rubio Caballero

Universidad de Extremadura

Resumen: Entre las sociedades de la Europa postcomunista, la relación que predomina con el hecho imperial está marcada no tanto por la nostalgia del pasado, sino por el aborrecimiento del mismo. Al portar sobre sí el sello de la humillación nacional, ese pretérito indigesto solo merece ser sometido, en opinión de muchos, a ejercicios de revanchismo retroactivo. Desde 1989, en los estados de la región se aprecia una suerte de orgullo desacomplejado por la soberanía recobrada, exhibido sin mala conciencia, de tan enraizada que está la idea según la cual nacionalismo dañino siempre es el de los demás. Pretendemos observar las peculiaridades que tal fenómeno genérico presenta en un país como la República Checa. Arrasado por el imperialismo nazi poco después de su estatalización, no recobró una soberanía limitada hasta 1945. La Checoslovaquia recién liberada expulsó a los miembros de la extensa minoría germanófona, acusándolos de colaboracionismo con la causa hitleriana. Desde entonces hasta hoy, los deportados y sus descendientes siguen clamando por la reparación de lo que juzgan como un atropello moral y político, mientras las autoridades checas argumentan que aquella deportación fue la única medida con que se pudo resarcir parcialmente a las víctimas del nazismo. ¿Qué reflujo dejan las experiencias de expansión imperial una vez estas terminan? ¿Cómo gestionan esa memoria los antiguos invadidos y los antiguos invasores? Los daños causados por el fascismo, ¿exoneran automáticamente de responsabilidad a sus antiguos damnificados, incluso cuando las represalias ulteriormente adoptadas por estos vulneren cualquier estándar democrático o humanista? ¿Hasta dónde se prolongan temporal y generacionalmente las culpas del pasado? ¿Cómo ese pretérito condiciona, décadas después, las relaciones diplomáticas entre el antiguo agresor y el antiguo agredido? ¿Se comportan de forma más o menos monolítica los pueblos afectados por el litigio, o esa pugna binacional de memorias

abre también fracturas internas en el seno mismo de cada una de las sociedades concernidas?

Palabras clave: Alemania, República Checa, Nazismo, Comunismo, Memoria.

Abstract: Among the societies of the eastern half of Europe, the relationship that predominates with the imperial fact is marked not so much by nostalgia for the past but by abhorrence of that “humiliating” past and even by the desire to settle accounts with it, even when price of incurring retroactive revenge. What has been appreciated in the states of the region after the fall of communism is a kind of uncomplexed pride in regained sovereignty. In a noticeably different way from what is prevalent in Western Europe, the display of national pride is carried out in the East without concessions to bad conscience, among other things because of how deeply rooted the idea is that bad nationalism is always of others. We intend in this article to observe the peculiarities that such a general phenomenon presents in a specific country, such as the Czech Republic. A territory that not achieve national independence until 1918, then razed by Hitler imperialism, did not regain sovereignty until 1945. The newly liberated Czechoslovakia expelled members of the extensive German-speaking minority, accusing it of collaborationism. The problem was not solved, however; those expelled and their descendants continue to cry out today for reparation for what they consider to be a moral and political outrage. The Czech authorities defend themselves, arguing that deportation was the only fair measure to compensate the victims of Nazism. What ebb do the experiences of imperial expansion leave once they end? How do the former invaded and former invaders manage the memory of these traumatic episodes? Does the damage caused by Nazi imperialism automatically exonerate its former victims of all criminal or moral responsibility, even when the subsequent reprisals adopted by them would violate any democratic standard or humanist imperative? How does the past influence the diplomatic relations maintained, decades later, by the former aggressor and the former attacked?

Keywords: Germany, Czech Republic, Nazism, Communism, Memory.

Recibido: 16-06-21.

Revisado: 26-10-21.

Aceptado: 09-11-21.

1. Discursos públicos sobre un pasado traumático

Durante más de un milenio, los territorios hoy pertenecientes a la República Checa estuvieron sucesivamente incluidos en dos Estados de gran amplitud geográfica, como fueron el Sacro Imperio Germánico entre el siglo X y 1804 y, desde esa fecha hasta 1918, el Imperio Austriaco. Si bien fueron conglomerados multinacionales, la dirección institucional y los núcleos de poder de ambas entidades tuvieron siempre un carácter germano. El antiguo reino de Bohemia, cuyo territorio coincidía casi a la perfección con el actual estado checo, no accedió a la soberanía hasta que se consumara la derrota militar de los Habsburgo, a la salida de la Primera Guerra Mundial. Independizadas, las tierras checas se federaron con las eslovacas en un Estado que iba a vivir hasta 1992, Checoslovaquia –bien es cierto que con una notable interrupción entre 1938 y 1945, debido a la ocupación nazi de Bohemia. Aunque las poblaciones eslavas eran mayoritarias en el censo demográfico total de aquel país, estas eran minoritarias en algunas de sus regiones, debido a las elevadas tasas de población germánica (en el caso checo) o húngara (en el caso eslovaco) que estaban bien arraigadas allí desde el medievo. *Grosso modo*, en el antiguo reino bohemio eran los bordes septentrional, meridional y occidental los más poblados por germanoparlantes, mientras que las mayorías magiares se concentraban en la franja sur de Eslovaquia. Desde el siglo XIII la cohabitación entre colectivos fue la tónica dominante en tales territorios, y aun sin ser idílica, no generó choques violentos de relevancia. Los alemanes, instalados masivamente en el territorio conocido como Sudetes, habían conformado una suerte de élite social ligada al poder imperial, y precisamente por contraposición a ella se fue forjando la identidad nacional checa. Ese *statu quo* sociológico se invirtió nada más fundarse Checoslovaquia, cuando la población germana (un tercio aproximado del censo total checo) perdió su rol dirigente, y pasó a convertirse en una minoría tolerada, pero obligada a integrarse a un nuevo Estado al que le iba a costar mucho mostrarse leal.

En medio del acelerado proceso de *nation-building* emprendido desde 1918,¹ las poblaciones germanoparlantes empezaron a tomar una fuerte conciencia grupal. Recibieron con incomodidad la eslavización de la patria, que en la mayoría de los casos tuvieron que acatar con resignación y sin entusiasmo. La convivencia intercomunitaria, ya complicada durante la década de 1920, derivó en los años treinta en una hostilidad clara, marcada por la radicalización de los germanochechos y por la instrumentalización de sus organizaciones políticas

¹ Zdeněk Nešpor, “L’amnésie de la remémoration dans la société tchèque”, *Archives de Sciences Sociales des Religions* CIL (2010): 109-128.

por parte del Reich nacional-socialista.² Fueron tres los partidos políticos que representaron a esta minoría checo-alemana, aunque al final fue uno de ellos, netamente derechista y pargermanista (“Partido Alemán de los Sudetes”), el que acabó fagocitando a las opciones moderadas, para actuar de facto como avanzadilla irredentista del nazismo en tierras checas. Aplaudió en 1938 la anexión hitleriana del territorio sudete, en cumplimiento del Acuerdo de Múnich. Miles de checos, que años atrás se habían asentado en aquella zona fronteriza, tuvieron que regresar a la Bohemia interior, que en un primer momento no había quedado bajo administración del Reich.³ Entre los alemanes étnicos, las actitudes ante la expansión nazi fueron diversas. Predominó el entusiasmo, o cuanto menos el alivio. Existieron, aunque en menor grado, los sectores indiferentes, e incluso algunos otros, minoritarios y vinculados a la izquierda, que sí se opusieron a Hitler. Sea como fuere, con la aproximación de la Segunda Guerra Mundial la comunidad germano-checa fue perdiendo su rica pluralidad ideológica anterior y quedó monopolizada por la extrema derecha, manchando de paso su imagen para lo sucesivo. La represalia checoslovaca de la inmediata posguerra daría cuenta, retrospectivamente, de esa fatal deriva.

Poco después del fin de la guerra, en 1946, el exiliado presidente Edvard Beneš decretó la deportación masiva de los alemanes de los Sudetes –considerados, sin distingos, colaboradores y traidores a Checoslovaquia–, la desposesión de su condición de ciudadanos checoslovacos, y el embargo sin compensación de todas sus propiedades. La URSS, Gran Bretaña y EEUU avalaron en Potsdam tales disposiciones, que además absolvían de toda responsabilidad penal a quienes hubieran causado daños sobre poblaciones germanófonas entre la fecha del fin de la guerra y la promulgación de los referidos Decretos. En poco más de un año, el país perdió a cerca de tres millones de germano-chechos. En aquel momento, tales deportaciones gozaron de la benevolencia de la población local, que aún en décadas posteriores⁴ las seguiría contemplando como un acto lícito. Los alemanes eran vistos

² Michael Dormann, “Le projet d'exposition permanente de la fondation fuite, expulsion, réconciliation”, en *Fuite et expulsion des allemands: transnationalité et représentations*, ed. Carola Hähnel-Mesnard (Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion, 2019), 150.

³ André Blanc, “La recolonisation tchécoslovaque dans les régions frontières”, *Politique Étrangère* I (1948): 65-86.

⁴ Muriel Blaive, “Frontière idéologique ou nationale? České Velenice, ville tchèque à la frontière avec l'Autriche”, *Vingtème Siècle. Revue d'Histoire* CIX (2011/1): 129-141. En la última década del siglo XX, más de dos tercios de la población, según encuestas solventes, pensaban que la expulsión de los sudetes había sido una acto justo y legítimo, frente a un 15% que respaldaba la idea de que era un acto injusto. Jacques Rupnik, Anne Bazin, “La difficile réconciliation tchéco-allemande”, *Politique Étrangère* LXVI (2001): 353-370.

colectivamente como responsables del nazismo, y por ende la represalia estaba justificada.

Beneficiándose del alto crédito que la URSS tenía entre la población checa por haber expulsado al nazismo,⁵ los comunistas checos instauraron una dictadura a partir de 1948. Un régimen cuyo relato histórico oficial iba a ser una reafirmación de los argumentos que habían sustentado a los Decretos de Beneš. Se aunaron pues la narrativa marxista y la nacionalista,⁶ en un discurso dogmático, enemigo de todo matiz. En las catacumbas, no obstante, la disidencia que fue emergiendo a partir de la década de 1960 sí adoptó –aunque con vacilaciones y límites⁷– un discurso crítico con las deportaciones de posguerra. De hecho, durante la elaboración de la célebre Carta 77 –declaración de los líderes opositores en pro de una democratización del país– se asistió a un intenso debate en torno a la justicia y la legitimidad, o no, de los Decretos Beneš, protagonizado por las dos tendencias que se posicionaban contra el régimen dictatorial.⁸ Por un lado, los disidentes de raigambre liberal cuestionaban aquella deportación masiva no solo por su injusticia intrínseca, sino porque habría ayudado a fraguar el inhumano clima moral en el que pudo germinar la dictadura posterior. Frente a estos disidentes liberales, los comunistas aperturistas estimaban que la expulsión, vista desde la distancia cronológica, fue quizá impresentable en lo moral, pero trágicamente necesaria. Sea como fuere, para un fragmento amplio de la oposición a la dictadura, el pedir perdón a Alemania o a los descendientes de los sudetes expulsados empezaba a equivaler, implícitamente, a desmarcar al país del comunismo, porque ello suponía apartarse de su relato justificador⁹. No es casualidad pues que, nada más echase a andar la Transición a la democracia, la primera acción del presidente Václav Havel fuera excusarse ante Alemania en nombre del pueblo checo.

2. El viraje de Havel

El vertiginoso ciclo de cambios que se precipitaron en toda la Europa oriental con la caída del muro de Berlín, y en concreto la acelerada Revolución de Terciopelo, vino a alterar la relación de los pueblos

⁵ Sarka Waisová, “Czechoslovakia in a divided Europe”, en *Czechoslovakia and the Czech Republic in World Politics*, ed. Ladislav Cabada (New York: Lexington, 2011), 52.

⁶ Jaroslav Kučera, *Žralok nebude nikdy tak silný. Československá zahraniční politika vůči Německu 1945-1948* (Praha: Argó, 2005).

⁷ Sean Hanley, “Conservative sensibilities in Czech politics before and after 1989”, *Working Paper* (Praga: Heinrich Böll Stiftung, 2009).

⁸ Bohumil Černý, *Česi, Němci, odsun: diskuse nezávislých historiků* (Praga: Academia, 1990), 287-310.

⁹ Gil Eyal, “Anti-politics and the spirit of capitalism: Dissidents, monetarists, and the Czech transition to capitalism”, *Theory and Society* XXIX (2000): 49-92.

checo y eslovaco con sus pasados. Y por supuesto, sacudió la relación que mantenían con sus vecinos (germanos y húngaros, respectivamente), que antes de la 2ª Guerra Mundial habían sido invasores poderosos y que después de ella fueron objeto de represalias físicas, penales y morales. En coherencia con los postulados que la oposición anticomunista había manejado años atrás, imprimir un viraje en la memoria nacional y marcar un giro en las relaciones con Austria y Alemania fue tarea esencial, apremiante. La primera preocupación del flamante jefe de Estado Václav Havel consistió, no en vano, en ajustar cuentas con la Historia y aplacar el secular litigio checo-alemán. Reflexionar sobre los errores pasado y asumir con humildad culpas propias, había sido clave en el pensamiento de aquella disidencia cuya cabeza visible precisamente había pasado a liderar el país en 1990. Excusarse por los errores cometidos era para el nuevo mandatario el prerrequisito con que empezar de cero la relación con los vecinos.¹⁰ Las inquietudes que muchos de los responsables políticos checos o que cierta *intelligentsia* académica venía transmitiendo, juzgando el dinamismo económico de la Alemania posbélica una potencial amenaza sobre Chequia, empezaron a ser calificadas por Havel como simple demagogia, estrategias mezquinas propias de quienes buscaban ganar votos atizando la columna de los odios más atrabiliarios. Así que la cara más visible de la Revolución de Terciopelo no tardó más de tres días, desde su provisional proclamación como presidente en el castillo de Praga, en visitar al vecino germano. El 1 y 2 de enero de 1990 presentó excusas a la nación alemana por los daños infligidos a la comunidad sudete tras el fin de la última guerra. Y lo hizo sucesivamente en Berlín y en Múnich, ante las autoridades de la RDA (el presidente Gerlach y su primer ministro Modrow) y luego de la RFA (el presidente Weizsäcker y el canciller Kohl). El gesto no tenía precedentes y fue la materialización de un giro que, insistimos, se venía gestando desde hacia más de una década en el seno de la oposición anticomunista. Havel vino a decir que aquellos dos millones y medio de germano-checos habían sido deportados en tanto que miembros de una nación, cuando lo justo hubiera sido la apertura de un juicio específicamente dirigido contra aquellos elementos extremistas que habían traicionado a Checoslovaquia. Yendo más lejos, Havel estableció una ligazón entre aquel castigo colectivo que fueron los Decretos Beneš y la toma del poder de los comunistas checos, pilotados desde Moscú en 1948. Fatalmente infectados por el bacilo del mal en el momento de las represalias, los checos habrían sido incapaces de afrontar, inmediatamente después, el totalitarismo rojo. Y a la par que demandaba perdón, Praga respaldaba la unificación

¹⁰ Rick Fawn, *Ideology and National Identity in Post-communist Foreign Policies* (Londres: Psychology Press, 2003), 206.

alemana deseada por aquellas masas que meses antes habían derribado el muro de Berlín. Havel declaraba no temer, sino apoyar la fusión de la RFA y la RDA, porque, según decía, iba a resultar inconcebible una vecina fracturada en medio de una Europa unida¹¹. El tamaño de Alemania importaba poco: lo decisivo es que tuviera un carácter democrático.

Con tales presupuestos, Havel se desmarcaba de la tesis largamente manejada tanto por el nacionalismo checo como por el régimen comunista, basada en la culpabilidad colectiva de la población germano-checa, por una parte, y en el recelo hacia la unificación del país vecino. El gesto era arriesgado, porque cogió a contrapié a la opinión pública de su propio país, y generó no pocas reticencias. Sabedor del elevado crédito que había acumulado entre sus conciudadanos, osó efectuar un gesto que sin duda le hubieran perdonado más difícilmente a cualquier otro político¹². El viraje discursivo emanaba de una línea de pensamiento largamente incubada en la oposición (desafiar al comunismo implicaba también desafiar sus pilares legitimadores, uno de los cuales descansaba sobre la contraposición entre los pueblos checo y alemán), pero también provenía de la convicción de que hay muy contadas coyunturas históricas –y aquella era una–, en las que la determinación de los mandatarios había de servir para desatascar situaciones que la mera inercia estructural nunca era capaz de mover. El final de la Guerra Fría, la democratización de Checoslovaquia y la reunificación alemana eran cambios coincidentes en el tiempo, y suficientemente profundos como para que el viejo contencioso siguiera fosilizado en las conciencias, sin que nadie se atreviese a tocarlo. No habría otro momento como aquél, debió entender Havel, para poner los contadores a cero.

Tres meses después de aquella presentación de excusas, el presidente de Alemania correspondía con una visita a Praga. En su intervención de bienvenida, Havel insistía. También los checos habían de expiar culpas: “He hablado de los deberes históricos que Alemania tiene por hacer. Quiero hablar ahora de los que nosotros tenemos que afrontar. Aún vive mucha gente que sufrió la guerra en sus carnes. Sus sospechas y miedos son comprensibles, y es natural que también otros que no la vivieron, las compartan. Pero hoy hemos de hacer ver a estos últimos la necesidad de reconsiderar sus temores”.¹³ Al presidente

¹¹ Discurso pronunciado el 15 de marzo de 1990 en la Universidad Carolina de Praga. Citado en: Christiane Lemke, *Germany Today: Politics and Policies in a Changing World* (Maryland: Rowman & Littlefield, 2017), 214.

¹² Rupnik, “La difficile réconciliation tchéco-allemande”, 353-370.

¹³ Discurso 15 de marzo de 1990, Universidad Carolina, citado en: Paul Betts, Greg Eghigian, *Pain and Prosperity: Reconsidering Twentieth-century German History* (Stanford: Stanford University Press, 2003), Introducción.

alemán, Weizsäcker, que llegaba invitado a Praga en marzo de 1990, Havel lo presentaba como mensajero de la paz, antítesis perfecta del heraldo de la guerra que había sido Hitler, último mandatario germano en haber puesto los pies en Chequia¹⁴. La iniciativa materializaba, además, una inacostumbrada concepción de la política, bien alejada del pragmatismo y la *realpolitik* al uso en las relaciones internacionales. Se trataba antes que nada de una visión entre generosa y “moral” de la gobernanza, deliberadamente concebida como superación de las cicaterías al uso. Ya en una carta dirigida meses antes de su acceso a la presidencia de la República, Havel había trasladado a Weizsäcker que “si el mal es respondido con el mal, no estaremos eliminando el mal, sino expandiéndolo”.¹⁵ El que se convertiría en su ministro de exteriores poco después, Jiří Dienstbier, solicitó el 19 de diciembre de 1989 la creación de una comisión mixta germano-checa de historiadores para el estudio del pasado más doloroso de ambas naciones¹⁶, y promovió en el Parlamento nacional la adopción de un texto consensuado en el que se pidiese perdón a las poblaciones expulsadas tras 1945: si los alemanes habían pedido excusas por los daños que los nazis causaron a los checos, estos estaban moralmente obligados a admitir su culpa en las acciones que se llevaron a cabo contra germanos inocentes.

En efecto, la referencia a principios morales en política extranjera y el plante a la *realpolitik* devino rasgo característico de la estrategia del nuevo presidente y de su ministro de exteriores Jiří Dienstbier. Esa suerte de idealismo inacostumbrado, y no una huella ideológica precisa y delimitada, fue quizás la marca diferenciadora del Havel político. La acción del antiguo disidente no pareció tener por meta clara o específica la protección de las libertades individuales o la búsqueda socialdemócrata de la justicia social, sino más bien algo más amplio y abstracto, una suerte de imperativo existencial.¹⁷

Este discurso aspiraba a hacerse con la hegemonía en la opinión pública checa, aunque sus portadores eran conscientes de la dificultad de la tarea. Se apoyaba, según se ha visto, en ese nuevo enfoque “moral” para el que contrición y autenticidad habían de estar por encima de conveniencia cortoplacista o conformismo rutinario. Pero además,

¹⁴ Ondřej Ditrycha et al., “Understanding Havel?”, *Communist and Post-communist Studies* XLVI (2013): 407-417.

¹⁵ Carta de Havel citada en Maria Cornelia Raue, *Doppelpunkt hinter der Geschichte: Die Prager Deutschlandpolitik 1990–1997* (Berlín: Humboldt Universität, 2001) 90. Citada también en John Keane, *Václav Havel: A political tragedy in six acts* (Londres: A&C Black, 2000), 467-468.

¹⁶ Judith Renner, “Czech Republic-Germany: a pioneer apology”, en *Apology and Reconciliation in International Relations: The Importance of Being Sorry*, ed. Christopher Daase (Nueva York: Routledge, 2015).

¹⁷ Robert Pirro, “Václav Havel and the Political Uses of Tragedy”, *Political Theory* XXX (2002): 228-258.

se beneficiaba de una alteración de contextos que a la postre iba a tener trascendencia. Por una parte, Havel y sus partidarios se esforzaban en evidenciar que Alemania no era ya la misma, y que estaba consumando aquella inversión histórica que el historiador Alan J. Taylor condensó en una fórmula afortunada: si bajo Bismarck “Prusia conquistó a Alemania”, bajo Kohl era “Alemania la que conquistaba a Prusia”.¹⁸ La reunificación suponía, en efecto, la extensión al conjunto del ideal renano, democrático y occidental, en detrimento del modelo autoritario e imperialista representado por el Reich. Havel y sus partidarios, en segundo lugar, confiaban en que este fenómeno terminase por alterar la visión que de Alemania tenían sus vecinos checos. De potencia totalitaria y temible, debía empezar a ser entendida como un espejo de liberalismo y modernidad merecedor de emulación. Por el músculo económico que exhibía, además, Alemania debía convertirse en meta hacia la que remar, y no en monstruo que evitar.¹⁹ Estímulos materiales o pragmatismo monetarista aparte, también fueron argumentos éticos e ideológicos los que, según se ha referido más arriba, impulsaron el viraje operado desde Praga. Ciertamente es que ese tipo de razones pudieron calar con más facilidad en una nueva generación de dirigentes y de ciudadanos cuyos recuerdos de la 2ª Guerra Mundial empezaban a ser brumosos, y que por tanto estaban más prestos que sus padres a enterrar antiguas hachas de guerra. Los años postreros del siglo XX iban a ser aquellos en que la generación que sí conoció la guerra en toda su crudeza, cedería el testigo a otra que creció ya en tiempos posteriores al conflicto, y en principio más dispuesta a contemplarla con cierta distancia emocional. No por ello iba a cundir un deseo generalizado de olvidar y de pasar página, cierto, pero los nuevos dirigentes checos y alemanes supusieron que el simple paso del tiempo aplacaría forzosamente la lógica inflamación que el asunto generaba entre quienes sí tenían al conflicto incrustado biográficamente.

El gesto de distensión no fue unánimemente aplaudido en Checoslovaquia. Antes al contrario, la revisión crítica a la que invitaba Havel dividió a la población. Era seguramente demasiado temprano para abrir un debate nacional de tal profundidad. En cualquier caso, el acto de contrición visibilizó la brecha que existía entre una vanguardia político-intelectual venida de la disidencia anticomunista, deseosa antes que nada de reconciliación con Alemania, y el resto de una sociedad

¹⁸ Alan J. Taylor, *The Course of German History* (New York: Capricorn, 1962), 115.

¹⁹ Década y media después del arranque de la transición al capitalismo, la economía checa empezaría a beneficiarse del empuje germano. Entre el quinquenio 2006-2001, Alemania supondría en torno al 30% del comercio exterior checo, y las exportaciones y las importaciones se incrementaban de manera sostenida. Mark Stolarik, *The Czech and Slovak Republics: Twenty Years of Independence* (Budapest: Central European University Press, 2016), 231.

que a las alturas de 1990 estaba aún mayoritariamente convencida de la justicia de los Decretos Beneš. Quedó entonces claro el desfase existente entre el plano de lo abstracto y la realidad de los hechos concretos, es decir, la distancia que había entre las perspectivas que la nueva élite tenía en torno a la posible reunificación alemana y europea, y las percepciones mayoritariamente manejadas por el grueso de la población de a pie.

Pero también desde las filas de la propia intelectualidad llegaron expresiones de desacuerdo. Las críticas a Havel provinieron tanto de una línea de voces alineadas con el nacionalismo, como de otra veta más bien heredera de la izquierda, y por ello cercana al relato que mantuvo el régimen comunista anterior. Autores como el filósofo Ivan Sviták, el sociólogo Jaroslav Krejčí y en menor medida el literato Egon Bondy o el pensador Karel Kosík, mostraron discrepancias con Havel y los suyos. Frente a la voluntad de resucitar una cierta tradición checa entre católica y germanófila en la que muchos inscribían a los nuevos mandatarios, esta nueva disidencia parecía declararse legataria de la otra cara de la identidad nacional, de signo soberanista, republicano y democrático, más afín a la herencia protestante. Krejčí llegó a advertir que las élites cosmopolitas no eran lo bastante conscientes de los intereses nacionales checos y que, en el peor escenario, “ni la integridad del Estado checo ni la existencia del pueblo checo como grupo étnico estaban aseguradas para el futuro”²⁰. Con el bloque socialista en plena descomposición, estos autores expresaron sus simpatías por la causa serbia durante las guerras de Yugoslavia, viendo en la ruptura de la federación balcánica el fruto de una intriga política alemana. Rechazaron también la “rusofobia” que prevalecería en la cultura política de su país. Otras voces críticas de la *intelligentsia*, aun sin llegar a mostrarse tan inquietas ante la supervivencia de la identidad nacional, sí manifestaron sus dudas acerca de la complementariedad entre el giro diplomático impuesto por Havel y los intereses legítimos del país. Así, el sociólogo Václav Bělohradský rechazó a mediados de los años noventa cualquier diálogo de Praga con los representantes de los sudetes, por las perspectivas etnicistas de estos grupos, tan ajenas a la saludable tradición liberal europea. Si el legado de Beneš estaba siendo “declarado criminal” por un renovado “eje Munich-Viena-Budapest” era precisamente porque el viejo mandatario checo había sido “primer socio de Masaryk y luego aliado de Churchill”.²¹ De igual modo y algo más tarde, el crítico literario Jakub Patočka²² acusó en 2002 a la prensa nacional de practicar un “chauvinismo anti-checo”, fruto de

²⁰ Jaroslav Krejčí, *Český národní zájem a geopolitika* (Praga: Simba, 1993), 164.

²¹ Václav Bělohradský, “Evropské dědictví legračního státu”, *Právo*, 21/03/2002.

²² Jakub Patočka, “Národní zájem”, *Literární Noviny* XIV (2002): 1-2.

su sumisión financiera a las editoriales alemanas²³. Por si fuera poco, la actitud que en aquel tiempo exhibía la otra vecina oriental de Alemania, Polonia, tampoco ayudaba a serenar el ánimo de los checos críticos con Havel. Estos entendían que Praga, al haber hecho gestos de profundo significado moral sin exigir reciprocidad, demostraba el fracaso al que conduce toda política internacional tan solo movida por los valores éticos; el nuevo jefe de Estado quedaba más en evidencia aún si se cotejaba su actitud con la de los nuevos mandatarios polacos. Varsovia no llegó a excusarse por la expulsión de los alemanes de su territorio (aun constituyendo estos numéricamente el doble de los que fueron transferidos desde Chequia), y además utilizaba su buena relación con Francia para presionar diplomáticamente a Alemania, y forzarla a reconocer la frontera Oder-Neisse, convirtiendo a este punto en requisito inexcusable para aceptar la reunificación germana.

Con independencia de lo asimétricas que eran las realidades estructurales de los tres principales estados de la Mitteleuropa; a pesar también de lo distintas que eran sus estrategias memoriales, e incluso a despecho del desagrado que la estrategia de la contrición causó entre no pocos segmentos de la propia sociedad checa, la política de la reconciliación mediante la disculpa se fue abriendo camino. Un camino pedregoso y curvo que iba a conocer, al menos, dos momentos de éxito o consenso, seguidos de otros tantos tramos de dificultades y frenazos. Los primeros se situaron cronológicamente en el ya referido viraje de Havel del inicio de la transición hacia la democracia –que, con todo el potencial simbólico y sorpresivo que tuvo, no fue más que una declaración de intenciones– y en el año 1997, momento en que dichos anhelos cuajaron ya en un acuerdo firmado con luz y taquígrafos por los gobiernos de Praga y Berlín. Por su parte, la primera fase de fricciones se encajó entre la primera declaración de Havel y el acuerdo bilateral que se rubricaría siete años después; el segundo repunte de controversias llegaría en el bienio inmediatamente anterior al ingreso de la República Checa en la Unión Europea, culminado en 2004.

Esta serpenteante sucesión de picos y de valles en las relaciones entre vecinos –y cuyas repercusiones lógicamente se dejaron sentir también en el interior de las dos sociedades implicadas– da cuenta de la estela de consecuencias, no siempre fáciles de gestionar, que deja tras de sí cualquier expresión genérica y retórica del perdón por episodios acaecidos en el pasado. Los malentendidos incómodos no dejaron de sucederse durante toda la posguerra fría. Una acertada fórmula

²³ Michal Kopeček, Piotr Weislik, *Thinking through transition: liberal democracy, authoritarian pasts, and intellectual history in East Central Europe after 1989* (Budapest: Central European University Press, 2015), 426-427.

–“perdón por pedir perdón”– ha definido estas paradójicas derivaciones que pueden tener ciertos actos que, aun bienintencionados, no solo no cierran heridas, sino que las abren.²⁴ Una vez que sacaron a la luz sus particulares estrategias de reescritura memorial, las nuevas autoridades checoslovacas pasaron a lidiar, en efecto, con una opinión pública interna poco entusiasta ante la idea de la contrición nacional. Pero además, su gesto de cesión o generosidad tampoco fue calurosamente aplaudido entre aquellas instancias del exterior a las que, principalmente, pretendían contentar. La buena voluntad que Berlín mostró en un primer momento para seguir la senda señalada por Havel se topó con las posturas poco colaboradoras de una parte de la clase política alemana, y sobre todo con la opinión de las asociaciones de descendientes de expulsados. En febrero de 1992 alemanes y checoslovacos firmaron un tratado “de cooperación y buena vecindad” que sin embargo no trató las cuestiones más espinosas y divisivas relacionadas con la memoria histórica. La llamativa ausencia del tema que tanto había preocupado a Havel y a Weizsäcker solo dos años atrás se debía a la fuerza con la que las reivindicaciones sudetes habían resurgido en el contexto de la transición checoslovaca a la democracia. Si Praga había dado muestras de buena voluntad, si había abierto las puertas a la reconciliación, y si la historia, en suma, parecía salir del congelador en que los soviéticos la metieron durante cuatro décadas, muchos en Alemania interpretaron que había llegado la coyuntura oportuna –y quién sabe si irrepitable– para abrir el pasado en canal y exhumar el asunto con todas sus consecuencias. Sobre todo en Baviera, donde la comunidad de los sudetes tenía su núcleo sociológico y su principal altavoz político, el gesto de Havel fue interpretado no como una mano tendida que había que estrechar, sino como una confesión de debilidad, quizá como la prueba de que entre los checos cundía una sensación generalizada de arrepentimiento, un estado de ánimo proclive a la contrición del que obviamente se debía sacar todo el partido posible. Una grieta recién abierta que había que perforar al máximo, redoblando las exigencias. Eso fue lo que ocurrió entre los descendientes de los expulsados, y lo que forzaría, de rebote, a los grandes partidos de Alemania –sobre todo a la democristiana CDU y a su socia bávara la CSU– y de Austria –el ÖVP, aliado de necesidad del ultraderechista FPÖ de Georg Haider²⁵– a enfriar su inicial voluntad de entente con Praga, y a escuchar a esas franjas más nacionalistas

²⁴ Judith Renner, “I’m sorry for apologising: Czech and German apologies and their perlocutionary effects”, *Review of International Studies* XXXVII (2011): 1579-1597.

²⁵ Fue precisamente en el caso austriaco donde estas reivindicaciones emergieron de manera más desacomplejada. El gobierno de Viena, compartido desde 1999 hasta 2002 por las dos derechas nacionales, incluyó en sus programas la instauración del bilingüismo en las regiones fronterizas de la República checa, y llegó a solicitar la derogación de los

de sus respectivos electorados, aún instalados en el revisionismo y la desconfianza histórica. En efecto, buena parte de la responsabilidad del incremento de las tensiones en los años noventa se debió a la incorporación a los programas de las grandes formaciones nacionales de algunas de las reivindicaciones maximalistas de agrupaciones que hasta entonces eran marginales.

De hecho, en el referido Tratado de 1992 Alemania seguía sin reconocer el punto del acuerdo de Potsdam en que las potencias vencedoras avalaban la expulsión de los sudetes y su desposesión de ciudadanía y propiedades. En respuesta, Praga tuvo que buscar refugio en las cancillerías rusa, británica y norteamericana, que se reafirmaron en lo rubricado en 1945. El diferendo, que solo dos años atrás parecía reconducido, se internacionalizaba. Por su parte, Václav Klaus, líder de la derecha liberal checoslovaca, se convertía en primer ministro en julio de 1992, y llegaba armado con un argumentario más nacionalista y menos proclive a cesiones que el que mantenía por la misma época el aún Jefe de Estado, Havel. Klaus rechazaba abrir cualquier negociación entre cuyos puntos estuviera una hipotética indemnización económica a los descendientes de antiguos expulsados, y se negaba a aceptar como interlocutoras a las asociaciones de tal colectivo, no reconociendo más que al gobierno federal de Berlín. Los medios de comunicación checos, por su parte, empezaron a azuzar el miedo a los alemanes, a la par que derechistas y comunistas checos coincidían sorprendentemente en atizar el nacionalismo local.²⁶

Haría falta pues un largo periodo, no menor de siete años, para que la declaración de buenas intenciones pronunciada por Havel ante la puerta de Brandeburgo se plasmase en un acuerdo concreto. Siete años de fricciones sordas entre los dirigentes checos y alemanes, y también de disputas internas en el interior de cada uno de los países, libradas, en ambos casos, entre aquellos sectores más proclives a la cesión y la contrición y aquellos otros más firmes y menos prestos a la transigencia. No fue hasta 1997 cuando Praga y Berlín se pudieron poner de acuerdo para explicitar negro sobre blanco los anhelos de quienes habían protagonizado las transiciones a ambos lados del muro, aplacando el remolino de aguas revueltas que habían originado las novedosas palabras de Havel y Weizsäcker. La de 1992 era una declaración demasiado vaga que, en ausencia de toda mención al pretérito, no había servido para zanjar la cuestión histórica. Los dirigentes de ambos países coincidieron en que para marchar adelante

Decretos Beneš. Antonio Blanc, *Europa oriental: en la encrucijada entre la UE y la Federación Rusa* (Lleida, Universitat de Lleida, 2008), 231.

²⁶ Más de dos tercios de la población, según encuestas solventes, pensaban que la expulsión de los sudetes había sido un acto justo y legítimo, frente a un 15% que respaldaba la idea de que era un acto injusto. Rupnik, “La difficile réconciliation tchéco-allemande”, 395.

en las relaciones bilaterales era preciso dar pasos más atrevidos. Tal era la laguna que pretendía colmar la Declaración germano-checa de enero de 1997, en la que ambas partes se comprometían a “no ensuciar sus relaciones mutuas a causa de cuestiones políticas y jurídicas del pasado”. Antes de que lo rubricasen Helmut Kohl y Václav Klaus, más sus respectivos jefes de exteriores, Klaus Kinkel y Josef Zieleniec, el texto había sido aprobado por los parlamentos de los dos países. En el lado checo fue bien difícil aprobar sus escasas cuatro páginas. Un tercio de los diputados del Parlamento –básicamente, la derecha nacionalista y los comunistas– se mantuvieron firmes en su oposición a la rúbrica del texto, sobre todo por las connotaciones de su semántica. “Cada palabra generaba diez debates”,²⁷ recuerda Rudolf Jindrák, embajador checo en Berlín durante aquel período. Al final el texto fue aprobado con 131 votos a favor y 59 en contra. En el *Bundestag*, el proceso fue más fluido, y el texto recibió 577 síes, 20 noes y 23 abstenciones.

Con tal escrito, Alemania lamentaba la firma de los Acuerdos de Múnich de 1938, las huidas y las expulsiones que sufrieron las poblaciones eslavas de las regiones fronterizas de Checoslovaquia con la integración de esos territorios en el Reich, así como la posterior ocupación de toda la República por parte de Hitler. Condenaba los daños e injusticias causados a la población checa, y admitía que la violencia del nazismo había preparado el terreno para las expulsiones de alemanes que se producirían ulteriormente. La RFA se desmarcaba así del discurso manejado por las asociaciones de expulsados, pues estas venían rechazando cualquier puesta en relación causal entre el nazismo y los Decretos Beneš posteriores, no admitían tampoco la atribución de responsabilidades a los germano-chechos en la invasión nazi de Bohemia, e incluso tendían a colocar el punto de arranque de su historia como grupo social y cultural específico en el año 1945, concediéndose a sí mismas el estatuto de víctimas absolutas. Por su parte, y recogiendo el espíritu que años atrás avanzó Havel en sus discursos liminares, la República Checa –desde 1993 separada de su vecina eslovaca– lamentaba las injusticias causadas a la población alemana en su fase de expulsión, denunciaba la aplicación sobre aquella del principio de “culpabilidad colectiva”, así como la ley de amnistía de mayo de 1946 que absolvía a los autores de homicidios cometidos contra los sudeto-alemanes desde octubre del año anterior. Con ello, la parte checa, aun consciente de no dar satisfacción a la totalidad de las demandas históricas del movimiento sudete, sí trataba de contentar

²⁷ Zdeňka Kuchyňová, “Jednání o česko-německé deklaraci bylo dobrodružstvím, vzpomíná bývalý velvyslanec Jindrák”, *Český Rozhlas*, 30/01/2017.

parcialmente sus anhelos, al hacer un abierto reconocimiento moral de los perjuicios causados.²⁸

Fue pues un notable paso por ambas partes. Quedaron conscientemente aparcados, eso sí, importantes flecos que, de haberse abordado, seguramente hubieran impedido cualquier declaración conjunta. El primero de esos tabúes tuvo que ver con la actuación de los alemanes de Checoslovaquia antes y durante la invasión nazi. El segundo se relacionaba con el contenido concreto de los Decretos Beneš, pues si bien la filosofía que llevó a su firma quedó condenada moral o simbólicamente, su articulado no fue objeto de reapertura ni de reconsideración. Hacerlo hubiera supuesto tirar por tierra nada menos que los Acuerdos de Potsdam, y de paso cuestionar la validez de ambos. La parte checa nunca aceptó aplicar justicia retrospectiva en este aspecto. En fin, el tercer punto que quedó al margen de la Declaración de 1997 fue el de un eventual derecho de retorno de los sudetes, a los que la población y el Estado checo consideraba simplemente como alemanes, y por lo tanto como extranjeros. Lo mismo puede decirse de las demandas de reparaciones económicas tan habituales en la retórica de sus descendientes, que tampoco fueron consideradas por Praga.

3. Deshielo y apaciguamiento

La trabajada Declaración de 1997 contribuyó sin duda a amansar las aguas y a sentar las bases para un buen entendimiento. Los efectos de la misma se han ido apreciando no solo en una progresiva desinflamación de las tensiones, sino también en la proliferación de iniciativas acaso de menor altura diplomática, pero quizá de mayores efectos sociales. En el medio universitario, por ejemplo, han proliferado contactos binacionales como quedó ilustrado con la creación de una Comisión Mixta de Historiadores, en 1996, o con la implantación en la ciudad de Ústí nad Labem del *Collegium Bohemicum*, entidad financiada por Praga y Berlín y destinada al estudio y la promoción de la herencia cultural compartida.

Incluso el ámbito de la creación literaria ha revelado la emergencia del nuevo interés de artistas, de editoriales y del público en general hacia determinadas fases del pasado hasta no hace mucho silenciadas o impermeables al cuestionamiento. Si antes de la democratización checoslovaca solo dos novelas de muy escaso recorrido rozaron el tema de las deportaciones –*Adelheid* (Vladimir Körner, 1967) y *Boží Duha* (Jaroslav Durych, 1969)– el acercamiento diplomático al vecino alemán se ha reflejado en una creciente oferta literaria, con obras que abordan

²⁸ Vladimír Handl, “The Czech-German Declaration on Reconciliation”, *Perspectives* IX (1997): 53-65.

sin tabúes los traumas derivados de las expulsiones.²⁹ Otros campos de la creación también se han impregnado de ese ánimo autocrítico. El Museo Histórico ubicado en la ya citada Ustí Nad Labem presenta cíclicamente exposiciones etnográficas movidas por esa intención de reconciliar a través de la muestra y no del ocultamiento.³⁰ En él, aun sin negarse la dureza y la persistencia de los viejos y nuevos conflictos intercomunitarios, se pretende recordar igualmente los aportes que el elemento germano dejó en la cultura checa. En la misma línea se ubicaron otras iniciativas como el Congreso binacional organizado en 2014 por artistas plásticos, titulado *Mezery v dějinách* (“Huecos en la Historia”), la muestra *Mladí lvi v kleci*³¹ (“Jóvenes leones en la jaula”) en torno al arte alemán en la Checoslovaquia de entreguerras, o el libro de Zdeněk Lukeš sobre la arquitectura alemana en Praga que portaba el revelador título de *Splátka dluhu* (“Pago de la deuda”)³².

Por otro lado, las visitas recíprocas de los más altos mandatarios se han seguido produciendo. Especialmente simbólico fue el desplazamiento que en 2005 efectuó el canciller Gerhard Schröder al campo de concentración nazi de Terezín. En el lado checo, la doctrina del perdón mutuo se ha reflejado también en el apadrinamiento, por parte de autoridades locales o regionales, de ciertas iniciativas venidas de la sociedad civil que solo unos años atrás hubieran resultado impensables. Tal fue el caso del *Pout' smíření* o “Marcha en recuerdo de los alemanes deportados”, que se celebra anualmente desde 2002 en Brno.³³ Con el paso de los años, estas marchas han ido acogiendo a un número creciente de participantes, aunque ciertamente nunca han llegado a ser multitudinarias. Las muestras de arrepentimiento son, en la Chequia actual, toleradas, incluso oficialmente respaldadas, pero tampoco masivamente secundadas por la sociedad. Otro reflejo de la citada ambivalencia es la erección en territorio checo de algunos con-

²⁹ *Zvuk slunečních hodin* (Hana Androniková, 2001), *Peníze od Hitlera* (Radka Denemarková, 2006), *Slezský román* (Petr Čichoň, 2011), *Vyhánění Gerty Schnirch* (Kateřina Tučková, 2011), *Němci* (Jakuba Katalpa, 2012), *Slepá mapa* (Alena Mornštajnová, 2013).

³⁰ Miroslav Kunštát, Kristina Kaiserová, “The Collegium Bohemicum in ústí nad labem, the Sudeten German Museum in Munich which collective memories should be preserved, promoted, and passed on?” *Revue d'Études Comparatives Est-Ouest* XLVII (2016): 91-111.

³¹ Anna Habánová, *Mladí lvi v kleci: Umělecké skupiny německy hovořících výtvarníků z Čech, Moravy a Slezska v meziválečném období* (Praha: Arbor Vitae, 2013).

³² Zdeněk Lukeš, *Splátka dluhu: Praha a její německy hovořící architekti 1900-1938* (Praha, Fraktály, 2002).

³³ Markéta Lankašová, “Odsun už není politikum, říká Moravan oceněný v Německu za Pou smíření”, *Dnes*, 5/12/2018. En 2002, una comisión conjunta de historiadores alemanes y checos publicó el resultado de sus investigaciones sobre las expulsiones en la región de Moravia, en un libro titulado *Rozumět dějinám*. Cfr.: Zdeněk Beneš, *Rozumět dějinám: vývoj česko-německých vztahů na našem území v letech 1848-1948* (Praha, Gallery, 2002).

tados monumentos en honor a las víctimas alemanas de la expulsión. Las autoridades checas de la democracia tratan de actuar de acuerdo con lo volcado en la Declaración de 1997, pero no dejan de mostrar vacilaciones, derivadas de sus miedos a trasgredir la convenida barrera del arrepentimiento para adentrarse en el intolerable territorio del entreguismo y la autoflagelación. En muchos casos, el Estado vive emparedado entre la necesidad de reconocer daños y el miedo a indignar a la comunidad local. De ahí el carácter vago o eufemístico que caracteriza a los pocos monumentos erigidos en honor de los expulsados.³⁴

4. Los límites de la reconciliación

En este panorama de avances paulatinos, de cuestionamientos incómodos y de esfuerzos reconciliadores, no todo han sido pasos hacia la convergencia, sino que los progresos se han alternado con las regresiones. Y si bien la declaración bilateral de 1997 sigue siendo punto de referencia en el tratamiento de la memoria colectiva a ambos lados de la frontera, han menudeado a lo largo de los últimos años los sobresaltos, los gestos, palabras, acciones (u omisiones) que amenazan con quebrar los consensos de la posguerra fría.

La principal fase de tensionamiento en las relaciones germano-checas llegó precisamente en los años inmediatamente anteriores y posteriores al ingreso de la República Checa en la UE, culminado en 2005. Tal coyuntura era propicia para que las asociaciones de descendientes de deportados sudetes –respaldadas por parte de la derecha alemana (sobre todo la CSU bávara y más tibiamente la democristiana CDU)– intensificaran su retórica victimista y presionaran tanto en el *Bundestag* como en las instancias comunitarias, buscando que a Chequia se le impusiera como requisito de ingreso en la UE la satisfacción de aquellas deudas históricas hacia los antiguos expulsados que hasta entonces habían sido desoídas. Reemergieron pues reclamaciones que parecían canceladas con la Declaración de 1997. Restitución de nacionalidad, compensación económica y devolución de propiedades: abrogación, en suma, de los Decretos Beneš y, por añadidura, enmienda parcial a los acuerdos de Potsdam.

La Declaración de 1997 pretendía superar de una vez por todas los escollos legados por la historia, y aspiraba a mostrar que los antiguos contenciosos podían verse quizá no resueltos, aunque sí disueltos en el marco de la construcción europea, de acuerdo con el modelo de reconciliación franco-alemana, que de hecho había sido la piedra angular de la embrionaria CECA. Pero al reabrirse ese debate, el texto de la

³⁴ Jeffrey Lupes, “Commemorating flith and expulison vor Ort”, en *Views of Violence: Representing the Second World War in German and European Museums and Memorials*, en Jörg Echternkamp ed. (New York: Berghahn, 2019), 223.

Declaración de 1997 se quedaba en papel mojado. El Parlamento Europeo adoptó en 1999 una resolución que “invitaba” al Gobierno checo a derogar los Decretos Beneš, cuya validez había sido ratificada precisamente en 1995 por la Corte Constitucional checa. Previendo cuál iba a ser la política de los germanos ante su deseo de ingresar en la UE, Praga se anticipó “apuntalando” su propio armazón jurídico. En efecto, el Tribunal Constitucional checo respaldó entonces la “legalidad” y la “legitimidad” de los Decretos Beneš. Acto seguido, el Ejecutivo de Praga solicitó a los antiguos aliados –EEUU, Reino Unido, Rusia– que ratificaran la validez de los Acuerdos de Potsdam, cosa que hicieron. Quedó así blindado el asunto, si bien fueron numerosos los medios políticos y jurídicos que mostraron desacuerdos con las premisas de la operación. Medios que entendían, en esencia, que revocar el principio legal de la presunción de inocencia podría ser hasta comprensible cuando la medida draconiana se aplicara contra muy determinados movimientos políticos y en casos de extrema gravedad, cosa que era muy distinta de una operación como los Decretos Beneš, consistente en revocar el principio de presunción de inocencia como medio para actuar contra todo un grupo étnico. Además, la argumentación del Tribunal Constitucional checo se apoyaba en la idea de que, acabada la guerra, ya no existía un Estado alemán soberano, de modo que la situación específica de una serie de ciudadanos solo pudo determinarse sobre la base de su identidad nacional.³⁵ De este modo se estaría estableciendo una muy poco presentable correspondencia entre grupo lingüístico e ideas políticas. Por ello, los críticos con la estrategia de Praga señalaron que precisamente los checos, cuyas dolorosas experiencias con sistemas autoritarios estaban aún cercanas en el tiempo, deberían saber más que nadie lo injusto que era vincular las convicciones políticas de los ciudadanos y su pertenencia nacional.

La polémica quedó hasta cierto punto desatascada con la publicación, en el otoño 2002, del dictamen de tres expertos juristas nombrados por el propio Parlamento Europeo –el alemán Jochen Frowein, el sueco Ulf Bernitz y el británico Lord Kingsland. Según su informe, la derogación de los Decretos no podía ser condición indispensable para la integración de Chequia en la UE. Esta respuesta de la UE, al estar argumentada jurídicamente, constituyó una etapa decisiva en la canalización del conflicto porque estableció que el terreno comunitario no podía ya ser escenario para enfrentamientos bilaterales entre socios. Y así sería en lo sucesivo, si bien es cierto que en solo unos años reemergerían algunos escollos. En 2008, cuando la UE daba otro paso más en su integración y se dotaba de un texto constitucional común, volvían a

³⁵ Jan Pauer, “Moral Political Dissent in German-Czech Relations”, *Czech Sociological Review* VI (1998): 6185.

destaparse tanto las reclamaciones de los descendientes de los expulsados como las suspicacias de los nacionalistas checos; estos, por boca del propio presidente Václav Klaus, exigieron antes de firmar el decisivo Tratado de Lisboa de 2008 una garantía de la UE: que la entrada en vigor del texto no comportase la posibilidad de que cualquier punto de los Decretos de Beneš pudiera ser revocado.³⁶ Así fue confirmado. Con la operación, Praga conseguía no tanto asegurarse en un tema que por aquel entonces ya se prestaba a pocas dudas –la validez de aquellos Decretos seguía blindada–, sino remover la fibra nacionalista en su propia opinión pública³⁷ y atizar el euroescepticismo de aquellos segmentos del electorado que siempre vieron en cualquier cesión de soberanía nacional la antesala de futuribles injerencias alemanas, vía instituciones europeas.

La parte checa salía airosa, por lo tanto, de aquel nuevo pulso disputado en el terreno de las leyes y las normas; pero si el camino de los consensos había quedado reforzado, ciertamente, en el nivel de la política y de las emociones, la convergencia de memorias colectivas se vio severamente dañada. Estas tentativas de devolver al centro del debate aquello que ya se daba por cerrado obedecían, por una parte, a movimientos internos de la política interior alemana. A finales de los años noventa se había asistido a un reequilibrado ideológico en el seno de la derecha teutona. La relación de fuerzas entre la CDU nacional y la CSU bávara se estaba modificando, sobre todo a causa de la victoria que obtuvo el partido socialdemócrata en las elecciones generales de 1998. En las filas conservadoras ganó peso la fracción que abogaba por un endurecimiento discursivo y un cierto rearme ideológico. Algo parecido ocurrió simultáneamente en Austria, donde el liberal ÖVP se acercó al extremista FPÖ de Jörg Haider. Al lado de la política doméstica, también la política comunitaria ejerció una influencia en todo ese proceso. Más allá del mero oportunismo –nunca descartable– que llevó a las derechas germanas a presionar a Chequia con duras condiciones ante sus movimientos para ingresar en la UE, cabe también aludir a la inquietud con que ciertos sectores de la sociedad alemana recibieron la entrada en la UE de buena parte de las naciones que habían sufrido los rigores del nazismo. Unos recelos que tuvieron su especular correspondencia en esas naciones recién llegadas, entre cuyos electorados no faltaban quienes temían que ingresar en el club comunitario les iba a convertir en rehenes de los *lobbies* germanos, que quizá tendrían a la Unión bajo su control indirecto.

Las pasiones levantadas por el asunto siguen en cierto modo vivas,

³⁶ Helena Bončková, Hubert Smekal, “Fragmentation of Common Values? Opt-outs from the Charter of Fundamental Rights of the EU”, *Současná Evropa* II (2010): 61-81

³⁷ Lenka Rovná, “Constitutionalizing the European Union: The Lisbon Treaty and the Czech Republic. A complicated story with an open ending”, *L'Europe en Formation* CCCLXII (2011): 101-123.

y regresan cíclicamente a la superficie. Así lo atestiguan las operaciones que en 2005 emprendieron varias asociaciones bávaras ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, al cuestionar los fundamentos morales y la validez jurídica de los Decretos Beneš. Durante la primera década del siglo XXI persistieron algunas divergencias entre checos y alemanes en relación a la interpretación misma de la literalidad del Acuerdo de 1997. Mientras que para la parte checa la firma conjunta de aquella declaración equivalía a dar “carpetazo” definitivo a un asunto que ya no debería interferir en las relaciones entre los estados vecinos, en algunos medios germanos el acuerdo no era leído de manera tan restrictiva. Y es que para la parte alemana, la Declaración de 1997, aun siendo positiva en lo esencial y aun mereciendo respaldo, no había clausurado todo el dolor nacional. El hecho de que el texto reflejara el “compromiso” de las dos partes por impedir que los litigios pretéritos influyeran en las relaciones entre los dos Estados, no debía imponer en el interior de la propia Alemania una suerte de silencio absoluto con respecto al pasado.

Esa muda discrepancia de criterios, esa disparidad matizada de interpretaciones sobre lo suscrito en los tratados, es lo que explica que aunque en lo sucesivo no hayan estallado fuertes episodios de hostilidad, tampoco se haya conseguido clausurar un ciclo casi guadianesco de querellas. Así lo demuestran por ejemplo los encontronazos diplomáticos generados en 2005 por el sexagésimo aniversario del fin de la 2ª Guerra Mundial, coincidente con el de las deportaciones de las poblaciones germano-checas. Con la efeméride en el horizonte inmediato, resurgieron las disputas. Aún en la memoria reciente estaban las declaraciones altisonantes del líder socialdemócrata Miloš Zeman, que en 2002, al final de su etapa como primer ministro y en el fragor de una campaña electoral, había calificado públicamente a los sudetes de “quinta columna de Hitler”³⁸, recordando incluso a los actuales portavoces de sus organizaciones que “deberían darse por contentos al haber sido solo deportados”. Las declaraciones de Zeman fueron respondidas por el canciller alemán, Gerhard Schröder, con la anulación de la visita oficial a Praga que tenía prevista para marzo de ese mismo año.

Tampoco ayudó a despejar aquella atmósfera el levantamiento, en 2005, de una estatua en honor al presidente Beneš, frente al Ministerio de Exteriores, en Praga³⁹. Las organizaciones de sudetes califica-

³⁸ Kate Swoget, “Zeman starts war with Vienna”, *Praque Post*, 30/1/2002. Ver también: Karel Pacner, *Čtvrtstoletí republiky* (Praga: Albatros, 2018), 216; Michal Kořan, *Česká zahraniční politika v zrcadle sociálně-vědního výzkumu* (Praga: Institute of International Relations, 2009), 47.

³⁹ Wayne C. Thompson, *Nordic, Central and Southeastern Europe* (Londres: Stryker, 2012), 355.

ron de “provocación”⁴⁰ la inauguración del monumento, y el propio gobierno bávaro, por boca de su máximo dirigente, Edmund Stoiber, comparó la figura del homenajeado líder checo con la de Josif Stalin. Buscando destensar la atmósfera, el sucesor de Zeman al frente del ejecutivo, Jiří Paroubek, organizó un nuevo acto de arrepentimiento. El 24 de agosto de 2005⁴¹ se excusó solemnemente en nombre de la República ante aquel sector de la población checo-alemana que, aun habiéndose opuesto activamente al Reich, sufrió las consecuencias de los Decretos Beneš, y reconoció la valía moral de su compromiso. Se trató pues de otra mano tendida, que sin embargo, y como ya era costumbre, no dejó de recibir las habituales críticas de aquellos alemanes que demandaban más osadía. Por ejemplo, que la compunción retórica fuera acompañada de compensaciones materiales a los homenajeados. Pero de nuevo, Praga se quedó en el reconocimiento moral. Y lo que a los germanos más recalcitrantes les pareció insuficiente, a los sectores más nacionalistas de la parte checa se les antojó excesivo. En tal sentido se posicionó el principal partido de derecha, la ODS, algunos de cuyos dirigentes sostuvieron que ese tipo de gestos aparentemente bienintencionados, como el efectuado por Paroubek, eran “innecesarios, erróneos y faltos de significado” y acababan sirviendo para justificar ulteriores demandas de restituciones materiales, procedentes de la parte alemana.⁴² el problema ya había quedado resuelto en 1997 y poco más había que hablar.

Retrocediendo algunos años atrás en el tiempo, se hallan variadísimas evidencias de la práctica imposibilidad de generar una unanimidad en torno al relato común acordado en las esferas oficiales. Un fenómeno aparentemente banal y epidérmico, pero en realidad muy significativo, quedó de manifiesto ya en los meses inmediatamente posteriores a la declaración de 1997: la recepción del film de Steven Spielberg *La lista de Schindler*. Basada en la biografía del célebre empresario checo de etnia germana que se valió de su posición y actividad industrial para engañar al Reich y salvar de la muerte a sus empleados judíos, la premiada cinta vino a apuntalar en la conciencia universal la figura del héroe silencioso salido de las entrañas mismas del mal, y generó un casi absoluto consenso entre espectadores de todo el mundo.

Pero en Chequia la recepción fue más matizada. Las críticas no derivaron tanto del aplauso que Spielberg daba a quien se esforzó por salvar a judíos, sino a la identidad y a la biografía protagonista de la trama, el germano-checo Oskar Schindler; un hombre que, según sus detrac-

⁴⁰ Josef Kubezka, “Socha prezidenta Beneše popudila sudetské němce”, *Český Rozhlas*, 17/5/2005.

⁴¹ Robert K. Evanson, *Globalization and Regime Change: Lessons from the New Russia and the New Europe* (Maryland: Rowman, 2019), 144.

⁴² Judith Renner, “Czech Republic-Germany: a pioneer apology”, 120-121.

tores, quedaba blanqueado por una narración lacrimógena e idealizada. Y con él, en cierto modo, el colectivo al que representaba. En Chequia, este discurso crítico provino tanto de sectores nacionalistas como de medios postcomunistas, y ponía el acento en el compromiso ideológico netamente pangermánico de Schindler, en la filiación nazi que mostró antes de la II Guerra Mundial y durante la misma. Esta circunstancia sería mucho más elemental y relevante que la suerte de reconversión tardía y accidental que sufrió, ya cuando el Holocausto estaba en marcha. “Para caer simpáticos a los poderosos de hoy, los medios liberales checos difunden el cuento de hadas de Schindler, buscando a un sudete ejemplar y usándolo como señuelo con que afianzar el acercamiento entre los dos Estados”.⁴³ Un argumentario que difundieron, entre otros, la historiadora cercana al Partido Comunista Jitka Gruntová, los profesores Jaroslav Valenta (Universidad de Praga), Jiří Frajdl (Universidad de Hradec Králové), más algunas organizaciones checas de veteranos de guerra, como *Český Svaz Bojovníků za Svobodu*.⁴⁴ Con todo, su discurso no fue tan contestado en Alemania o Austria como en el interior de la propia Chequia, cuando otras voces autorizadas como la de los historiadores Radoslav Fikejz y Milan Štrych⁴⁵ apuntaron que la pertenencia de Schindler a la comunidad sudete o sus iniciales compromisos con el Reich tenían menos relieve histórico que su proceder con los hebreos de su fábrica, realmente generoso y arriesgado.

Otra crecida de tensiones llegó causada por un proyecto museístico impulsado por Alemania, en relación a la herencia memorial de los deportados. En 2008, el *Deutsches Historisches Museum* de Berlín creó, por iniciativa del gobierno bicolor que en aquel momento formaban la CDU y el SPD, un Centro de investigación titulado “Huida, expulsión y reconciliación”, que acabaría suscitando la incomodidad de las autoridades de Praga. No era para menos, porque el proyecto venía a materializar una de las grandes aspiraciones de *Bund der Vertriebenen* (“Unión de los Expulsados”). A diferencia de los polacos, los dirigentes checos se contuvieron y no levantaron la voz en demasía, manteniendo cierta prudencia ante la iniciativa y evitando generar una crispación que sin duda hubiera tirado por tierra lo suscrito en los acuerdos de 1997. Ello no impidió que en momentos puntuales sí se escucharan declaraciones públicas para censurar o afear la idea alemana. Ya en agosto de 2003 el primer ministro Vladimír Špidla había mostrado su preocupación por la confusión entre “las causas y los

⁴³ Jiří Frajdl, “‘Jak si svitavští radní ušili z ostudy kabát’, *Hranicář*, enero de 1998.

⁴⁴ Jitka Gruntová, *Legendy afakta o Oskaru Schindlerovi*, Praha, Naše ojsko, 2002. Jaroslav Valenta, “Nové prameny k životopisu Oskara Schindlera”, *Soudobé Dějiny*, n° 2 (2002), pp. 324-331. Cit.: Tomas Sniegon, *Vanished History: The Holocaust in Czech and Slovak Historical Culture* (Berghahn Books, 2011), 118.

⁴⁵ Radoslav Fikejz, *Oskar Schindler (1908-1974)*, Svitavy, Muzeum, 1998.

efectos” que generaba el relato museístico. Justificó incluso la expulsión de los alemanes de Checoslovaquia en 1946 al entenderla como un mal necesario para la estabilización de la Europa de posguerra, aunque reconoció que sesenta años después el hecho podía y debía ser visto como algo “inaceptable”⁴⁶. Uno de los negociadores delegados de la ODS en la época del pacto de 1997, Alexandr Vondra, calificó también la iniciativa alemana de “contraproducente” y sugirió que Praga coordinase sus protestas con las que ya estaba emitiendo Varsovia, mucho más contundentes. No tuvo éxito, sin embargo, y Polonia quedó con el cuasi monopolio de las quejas.

El Centro de Investigación fue pues inaugurado, contando con la participación de profesionales checos y polacos. Pero no tardaron en surgir problemas de planificación y de interpretación. Muy sonoros fueron los abandonos de la historiadora checa Kristina Kaiserová, del historiador polaco Tomasz Szarota y de la periodista alemana Helga Hirsch, que acusaban a la presidenta de la institución y diputada de la CDU, Erika Steinbach, de “instrumentalizar”⁴⁷ los contenidos de las exposiciones, de divulgar interpretaciones distorsionadas del pasado, de poner el acento en aspectos “subjetivos” y emocionales del proceso de las expulsiones y de soslayar los “contextos específicos” a los que han de hacer frente los profesionales del estudio del pasado.⁴⁸ Argumentaban, además, que el Centro ofrecía una visión unilateral de la Historia, que obviaba el pasado imperialista alemán y no permitía apreciar claramente el proceso de usurpación territorial que muchos germanos habían promovido años o décadas antes de sufrir las expulsiones posbélicas. En realidad, el proyecto museístico tenía una vocación europea, y no se presentó como una herramienta para la reivindicación de la memoria exclusiva de los alemanes repatriados. Y precisamente por tener tal envoltorio, había recibido incluso el beneplácito de los socialdemócratas alemanes, que nunca habían preconizado el manejo del revanchismo o del revisionismo en las relaciones de Alemania con sus vecinos. Cuando el proyecto echó a andar arreciaron las críticas derivadas del enfoque tendencioso y sesgado que se ofrecería del proceso de deportación. La salida de los germanos de los territorios perdidos por el Reich se presentaba como un episodio más en la larga lista de limpiezas étnicas conocidas por la Europa del siglo XX, siendo colocado a la misma altura de las sufridas por los judíos du-

⁴⁶ Lily G. Feldman, *Germany's Foreign Policy of Reconciliation: From Enmity to Amity*, Lanham, Rowman, 2012, p. 276.

⁴⁷ Gerhard Besier, *Weder Gut noch Böse: warum sich Menschen wie verhalten*, Münster, LIT Verlag, 2012, p. 44.

⁴⁸ Martin Schulze-Wessel, “Die Vertreibungs-Ausstellung in Berlin wird Bilder erzeugen, die mehr sagen, als Tausend Worte richtigstellen können”, *Süddeutsche Zeitung*, 28/10/2010.

rante los años 30 y 40, por los armenios durante la Gran Guerra, o por los bosnios en los años 90, y sin que se mostraran explícitamente las diferencias que mediaban entre todos estos casos y el específico de los alemanes en la posguerra. Por su parte, el término “expulsados” al que se hacía constantemente alusión también incomodaba en determinadas instancias extranjeras, pues connotaba la idea de la salida bajo coacción, cuando en la mayoría de los casos las poblaciones emigraron a la madre patria de manera voluntaria, temiendo la aproximación del ejército soviético o simplemente siguiendo las indicaciones del propio gobierno germano. Por si fuera poco, la ubicación misma del centro proyectado, en la ciudad de Berlín y muy próximo físicamente del Memorial de las Víctimas del Holocausto, resultó problemático o casi insultante para muchos, por cuanto pondría simbólicamente en pie de igualdad al sufrimiento judío con el sufrimiento alemán. Se criticaba al Centro, finalmente, por no aludir con claridad a los daños causados por quienes a la postre fueron evacuados, ni reflejar suficientemente el hecho capital de que las transferencias de población fueron resultado de acuerdos internacionales suscritos por la propia Alemania.

5. Consenso básico, pero unanimidad lejana

Si las principales fuerzas políticas de Chequia y Alemania se ven sometidas a cuatro preguntas comunes, observamos sintéticamente⁴⁹ las actuales simetrías y los sutiles pero significativos desequilibrios que existen a ambos lados de la frontera cuando se trata de juzgar las experiencias del expansionismo nazi, primero, y del reflujo postbélico, después, que se tradujo en la deportación de millones de germanófonos.

En Chequia, la opinión más cercana al centro ideológico está dispuesta a pedir perdón por el sufrimiento causado a los alemanes de los Sudetes, y a promoverlo en la sociedad, siempre y cuando Alemania se excuse por la invasión hitleriana y los crímenes nazis. En ese escenario, los ciudadanos sí aceptarían pasar página y no introducir en el debate político las conflictivas relaciones que en el pasado mantuvieron ambas comunidades. Aunque esta es la postura apadrinada por las fuerzas políticas más votadas y más representadas en las instituciones checas desde la recuperación de la democracia, hay en el país otras percepciones del asunto, que son las defendidas, *grosso modo*, por las fuerzas más escoradas a la izquierda y a la derecha del arco político. Como se aprecia en el esquema, el repertorio de respuestas que unas y otras dan al cuarteto de preguntas es el mismo, a pesar

⁴⁹ Las casillas en negro representan una postura negativa, y las blancas una afirmativa; las casillas grises representan un sí condicionado a que se cumpla la condición situada justo debajo de ellas; las casillas que contienen un sí con un asterisco, representan una respuesta afirmativa sin matices, y no condicionada por ninguna otra cláusula.

de que sus diferencias ideológicas sean obvias y aunque no coincidan los motivos que les impulsan a responder del modo en que lo hacen. Así, la derecha dura, movida por una pulsión nacionalista en la que lo germánico desempeña el papel de la alteridad necesaria para la auto-identificación, no admite que el pueblo checo tenga que pedir perdón por las expulsiones, pero sí se siente con derecho a exigir el perdón de Alemania y de Austria por sus crímenes del pasado. La razón está en lo desequilibradas que juzga esas dos acciones: la expulsión de posguerra fue un acto justo y mínimo de desagravio tras una iniquidad, la invasión germana, que precedió a las medidas de Beneš, y que además fue infinitamente más virulenta. En similar línea se sitúa la izquierda dura del país, hoy representada esencialmente por las fuerzas políticas legatarias del disuelto Partido Comunista de Checoslovaquia: exigencia de perdón al antiguo enemigo, pero negativa a excusarse ante él, al entenderse que esa correspondencia de arrepentimientos colocaría en un ignominioso equilibrio al nazismo invasor con el desquite checo de posguerra. En el caso de los postcomunistas checos, este razonamiento no se fundamenta tanto en una lógica nacionalista, que opone el martirio eslavo al crimen germano, sino en una lógica política, que pone en contraste la iniquidad del fascismo con la virtud de la democracia popular instituida desde 1948.

	CHEQUIA			ALEMANIA			
	IZQUIERDA Postcomun.	CENTRO der CENTRO-izq.	DERECHA nacionalista	SPD	CDU	CSU	
¿SE EXCUSA ante el otro lado?	NO	SÍ	NO	SÍ	SÍ	SÍ	¿SE EXCUSA ante el otro lado?
¿EXIGE PERDÓN al otro lado?	SÍ	SÍ	SÍ	SÍ*	SÍ*	SÍ	¿EXIGE PERDÓN del otro lado?
¿OLVIDA afrentas del otro lado?	NO	SÍ	NO	SÍ	SÍ	NO	¿OLVIDA afrentas del otro lado?
¿IMPUGNA Decretos Beneš?	NO	NO	NO	NO	NO	SÍ	¿IMPUGNA Decretos Beneš?

En Alemania, la percepción del viejo contencioso es más homogénea que en Chequia. El fardo histórico que supone el nazismo –difícilmente igualable en términos de ignominia para una democracia avanzada como es la de la Alemania actual– más un complejo de culpa colectiva ampliamente extendido en la sociedad germana del presente, propician el alto grado de homogeneidad de las posturas. Toda la mitad del arco izquierdo ideológico, más el centro-derecha, confluyen a la hora de expresar arrepentimiento por el pasado criminal del III Reich.

En segundo término, esa amplia zona del espectro ideológico desea recibir las excusas de la parte checa por los daños que ésta infligió a los alemanes de los Sudetes, pero no condiciona el arrepentimiento por los males que causó el nazismo a la recepción de esa excusa checa. El perdón alemán ha de existir, llegue o no llegue la contrición checa. En este punto, pues, hay una diferencia entre la postura de los partidos mayoritarios en Berlín y la postura de los partidos mayoritarios en Praga: estos últimos solo están dispuestos a pedir perdón por los decretos Beneš si previamente los alemanes se arrepienten de las acciones nazis. En el caso germano, su arrepentimiento no está condicionado al de la otra parte: un gesto que si bien a primera vista podría considerarse como la expresión de una mayor generosidad, ciertamente, también puede considerarse como el fruto lógico del desnivel existente entre los volúmenes de daño causados por Hitler y por Beneš, y fruto también de la propia cronología de los hechos (la expulsión de los germano-sudetes difícilmente se hubiera producido sin el pacto de Múnich de 1938 y sin los acontecimientos que de él se derivaron). Esta postura casi consensual de los partidos mayoritarios de Alemania, tanto de la derecha como de la izquierda, proclive al compromiso con Chequia e inclinada a cerrar heridas, conoce sin embargo alguna grieta cuando se trata de abordar el respeto o la impugnación de los Decretos Beneš enfrentados por los acuerdos de Potsdam. Mientras que la izquierda alemana no defiende su revisión, la derecha moderada, representada principalmente por la democristiana CDU, aun sin ser firme partidaria de reabrir en canal el contencioso o de cuestionar a fondo los tratados de posguerra, sí que flirtea a veces con algunas posturas revisionistas. Y lo hace, en buena medida, para satisfacer tanto a la franja más nacionalista de su electorado como, sobre todo, al partido bávaro CSU, socio tradicional de la CDU en el *Bundestag* e incluso en los ejecutivos de Berlín. La necesidad de mantener bien ensamblada a la muy conservadora derecha muniquesa obliga, incluso a líderes democristianos más bien amigos del pragmatismo y la tecnocracia como Ángela Merkel, a lanzar gestos y guiños al nacionalismo, siquiera de forma periódica y puntual.

6. Conclusiones

Desde que en plena Revolución de Terciopelo el historiador Jan Křen publicase su ensayo sobre las “Hojas en blanco de la historia checa”⁵⁰, la política memorial del país ha estado caracterizada por la voluntad de colmar lagunas y de rellenar vacíos, de dar respuestas a veces poco cómodas y nada complacientes a preguntas que, entre el fin de la 2ª Guerra Mundial y el fin del régimen comunista, casi no llegaron a formularse. La responsabilidad en la deportación forzosa de

⁵⁰ Jan Křen, *Bílá místa v našich dějinách?* (Praga: Lidové noviny, 1990).

los sudeto-alemanes, la atribución del principio de “culpa colectiva” sobre una masa de casi tres millones de conciudadanos, la porción real de responsabilidad que estos tuvieron años atrás en la expansión del nazismo y en la ocupación alemana de la antigua Bohemia, el grado de justicia que hubo en su expulsión indiscriminada... generaron debates inéditos, una vez que cayó aquella dictadura socialista que durante décadas había proporcionado rápidas y sencillas respuestas al asunto. Para los opositores liberales a aquel régimen, encabezados por Václav Havel, la democratización del país no podía más que ir aparejada al establecimiento de renovadas relaciones con el vecino germano, en el marco de una Europa que había de integrarse bajo el signo del repudio a los odios interétnicos. El derrumbe de viejos mitos, el barrido de antiguas enemistades, el comienzo desde cero implicó, pues, un inédito ejercicio de perdón mutuo: los demócratas checos se excusaron por los sufrimientos generados entre los alemanes de los Sudetes, mientras que la nueva Alemania reunificada pedía perdón por la invasión nazi. Esa fue la condición que, cumplida por ambas partes, permitió pasar página, cancelar deudas y escribir las nuevas relaciones bilaterales sobre un cuaderno en blanco. Tal ha sido la postura promovida por las fuerzas políticas mayoritarias en la República Checa, y la que se ha reflejado en los principales acuerdos bilaterales, sobre todo la Declaración conjunta de 1997. Ahora bien, por debajo de esa línea oficial, en determinados ámbitos políticos pero sobre todo entre amplios sectores de la sociedad checa (escorados bien hacia el amplio espectro del nacionalismo derechista o bien hacia el filocomunismo), no han dejado de circular otros discursos menos amables y consensuales. Discursos que le exigen a Alemania el perdón por sus crímenes del pasado pero que no admiten que Chequia tenga que excusarse por la expulsión de los sudetes, básicamente por el desequilibrio existente entre ambos fenómenos: las deportaciones de posguerra fueron un acto justo de desagravio tras una iniquidad anterior y mucho más feroz, la agresión germana. Cualquier correspondencia de arrepentimientos colocaría al nazismo invasor en un ignominioso equilibrio con el desquite checo de posguerra.

Ya sea porque prefirieron aplicar, en términos weberianos, la ética de la responsabilidad antes que la ética de las convicciones, o bien porque han venido pesando más los pragmáticos imperativos de la *realpolitik* que cualquier otro principio, las autoridades checas han seguido –con dudas, con pausas y con cuestionamientos– la línea marcada por Havel en 1990 y continuada por la Declaración de 1997. El esfuerzo de Praga por establecer una narrativa conjunta con Berlín sobre el pasado ha dado unos resultados indudablemente apaciguadores, cuyo reflejo ha sido sobre todo la creciente disposición de la sociedad checa a hacer autoocrítica, a entender el sufrimiento infligido al colectivo sudeto-

alemán y a abandonar el confortable papel de víctima histórica en que vivió instalada durante años. Ahora bien, no es menos verdad que las vaporosas fórmulas consensuadas en las cancillerías han sido muchas veces interpretadas por los mandatarios y por las sociedades checa y alemana de formas sesgadas, ventajistas o arbitrarias. Los contenidos de la narrativa común y del perdón recíproco acordado no han sido desoídos en lo fundamental, pero ha sido habitual ver a actores institucionales o sociales de ambos lados de la frontera manipulando el relato para ajustarlo a sus intereses particulares. Así, en la parte alemana ha persistido la idea de que las concesiones realizadas por los checos en las declaraciones conjuntas son demasiado tímidas; en la parte checa, por el contrario, no han faltado líderes y creadores de opinión que juzgan excesivos los gestos de conciliación, y que en consecuencia demandaban un retorno a narrativas más nacionalistas. Mientras que en el lado checo las excusas solemnemente presentadas y firmadas han sido un punto y final, y se considera que a partir de entonces la cuestión de las expulsiones ha de ser definitivamente encerrada bajo siete llaves, el lado sudete sigue instrumentalizando el estatuto de víctima en buena medida autoadjudicado, y no existe gran voluntad por cuestionar el rol desempeñado por los antepasados antes y durante la Guerra Mundial. El Estado alemán, por su parte, trata de no identificarse con la narrativa de estos colectivos, remitiéndose a lo suscrito en la Declaración de 1997. Aunque entiende que los acuerdos firmados son merecedores de respaldo –porque pretenden evitar que los litigios históricos influyan en las relaciones bilaterales– estima también que los mismos no deberían imponer, en el interior de la sociedad alemana, una suerte de silencio absoluto y eterno con respecto al pasado, y que la contrición por los males del nazismo no debe impedir ciertos ejercicios, saludables y ponderados, de recuerdo hacia aquellas víctimas germanas de la posguerra que cargaron con el injusto baldón de la “culpabilidad colectiva”. Disparidad de interpretaciones sobre lo consensuado, bien visible en esa reiteración de choques a cuenta de la memoria compartida. Lo que fue una “falsa guerra civil” entre 1938 y 1945, derivaría mucho después, desde finales del siglo XX en adelante, en otro ejemplo más de “guerra entre memorias”, disputada ya no a base de balas, de obuses y de trincheras, sino a golpe de leyes y de gestos, de palabras y de símbolos.

Bibliografía

- Besier, Gerhard. *Weder Gut noch Böse: warum sich Menschen wie verhalten*. Münster: LIT Verlag, 2012.
- Beneš, Zdeněk. *Rozumět dějinám: vývoj česko-německých vztahů na našem území v letech 1848-1948*. Praha, Gallery, 2002.

- Betts, Paul; Eghigian, Greg. *Pain and Prosperity: Reconsidering Twentieth-century German History*. Stanford: Stanford University Press, 2003.
- Blaive, Muriel. "Frontière idéologique ou nationale? Česke Velenice, ville tchèque à la frontière avec l'Autriche". *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire* CIX (2011/1): 129-141.
- Blanc, Antonio. *Europa oriental: en la encrucijada entre la UE y la Federación Rusa*. Lleida: Universitat de Lleida, 2008.
- Bazin, Anne. "Tchèques et allemands aujourd'hui: bon voisinage sur fond de réconciliation difficile". *Revue d'Études Comparatives Est-Ouest* XL (2009): 99-120.
- Bončková, Helena; Smekal, Hubert. "Fragmentation of Common Values? Opt-outs from the Charter of Fundamental Rights of the EU". *Současná Evropa II* (2010): 61-81.
- Cabada, Ladislav. *Czechoslovakia and the Czech Republic in World Politics*. New York: Lexington, 2011.
- Černý, Bohumil. *Česi, N mci, odsun: diskuse nezávislých historiků*. Praha: Academia, 1990.
- Ditrycha, Ondrej. "Understanding Havel?". *Communist and Post-communist Studies* XLVI (2013): 407-417.
- Echternkamp, Jörg. *Views of Violence: Representing the Second World War in German and European Museums and Memorials*. New York: Berghahn, 2019.
- Evanson, Robert K. *Globalization and Regime Change: Lessons from the New Russia and the New Europe* (Maryland: Rowman, 2019).
- Eyal, Gil. "Anti-politics and the spirit of capitalism: Dissidents, monetarists, and the Czech transition to capitalism". *Theory and Society* XXIX (2000): 49-92.
- Fawn, Rick. *Ideology and National Identity in Post-communist Foreign Policies*. Londres: Psychology Press, 2003.
- Feldman, Lily. *Germany's Foreign Policy of Reconciliation: From Enmity to Amity*. Lanham: Rowman, 2012.
- Habánová, Anna. *Mladí lvi v kleci: Umělecké skupiny německy hovořících výtvarníků z Čech, Moravy a Slezska v meziválečném období*. Praha: Arbor Vitae, 2013.
- Handl, Vladimír. "The Czech-German Declaration on Reconciliation". *Perspectives* IX (1997): 53-65.
- Keane, John. *Václav Havel: A political tragedy in six acts*. Londres: A&C Black, 2000.
- Kopeček, Michal. *Thinking through transition: liberal democracy, authoritarian pasts, and intellectual history in East Central Europe after 1989*. Budapest: Central European University Press, 2015.
- Kořan, Michal. *Česká zahraniční politika v zrcadle sociálně-vědního výzkumu*. Praha: Institute of International Relations, 2009.

- Krejčí, Jaroslav. *Český národní zájem a geopolitika*. Praha: Simba, 1993.
- Křen, Jan. *Bílá místa v našich d jinách?* Praha: Lidové Noviny, 1990.
- Kučera, Jaroslav. *Žralok nebude nikdy tak silný: Československá zahraniční politika vůči Německu 1945-1948*. Praha: Argo, 2005.
- Kunštát, Miroslav; Kaiserová, Kristina. "The Collegium Bohemicum in ústí nad labem, the Sudeten German Museum in Munich which collective memories should be preserved, promoted, and passed on?". *Revue d'Études Comparatives Est-Ouest* XLVII (2016): 91-111.
- Lemke, Christiane. *Germany Today: Politics and Policies in a Changing World*. Maryland: Rowman & Littlefield, 2017.
- Lukeš, Zdeněk. *Splátka dluhu: Praha a její německy hovořící architekti 1900-1938*. Praha, Fraktály, 2002.
- Nešpor, Zdeněk. "L'amnésie de la remémoration dans la société tchèque". *Archives de Sciences Sociales des Religions* CIL (2010): 109-128.
- Pacner, Karel. *Čtvrtstoletí Republiky*. Praha: Albatros, 2018.
- Pauer, Jan. "Moral Political Dissent in German-Czech Relations". *Czech Sociological Review* VI (1998): 173-186.
- Pirro, Robert "Václav Havel and the Political Uses of Tragedy", *Political Theory* XXX (2002): 228-258.
- Renner, Judith "I'm sorry for apologising: Czech and German apologies and their perlocutionary effects". *Review of International Studies* XXXVII (2011): 1579-1597.
- Renner, Judith "Czech Republic-Germany: a pioneer apology", en *Apology and Reconciliation in International Relations: The Importance of Being Sorry*, ed. Christopher Daase (Nueva York: Routledge, 2015).
- Rupnik, Jacques, Bazin, Anne. "La difficile réconciliation tchéco-allemande". *Politique Etrangère* II (2001): 353-370.
- Stolarik, Mark. *The Czech and Slovak Republics: Twenty Years of Independence*. Budapest: CEU Press, 2016.
- Taylor, Alan. *The Course of German History*. New York: Capricorn, 1962.
- Rovná, Lenka. "Constitutionalizing the European Union: The Lisbon Treaty and the Czech Republic. A complicated story with an open ending". *L'Europe en Formation* CCCLXII (2011): 101-123.
- Thompson, Wayne. *Nordic, Central and Southeastern Europe*. Londres: Stryker, 2012.